

Prohibido mortificar
a las personas.



Los Mandamientos en familia (II)

BRUNO FERRERO

A pesar de lo que parece indicar su nombre, los Diez Mandamientos no son más que pistas firmes para orientar la vida y la relación con los demás. Quien los interpretara y viviera literalmente, correría el riesgo de perder lo más rico de sus contenidos y enseñanzas.

Jesús mismo enseñó que todos los mandamientos se reducen a una cuestión de amor a Dios y de amor al prójimo. Como la familia es el lugar donde nace y crece nuestra experiencia del amor, cada mandamiento puede ser aplicado, razonablemente, a la vida familiar.

EL QUINTO MANDAMIENTO.

El quinto mandamiento prescribe "no matar". Alguien podría preguntarse: ¿qué necesidad tenía Dios de proclamar desde el monte Sinaí como ley religiosa algo que ya estaba contenido en las leyes civiles del pueblo hebreo? Es que el significado del quinto mandamiento va mucho más allá de su aplicación literaria y legal. Exige no destruir el espíritu divino que está presente en cada ser humano. Precisamente hoy, mientras en muchos balcones aparece la bandera de la paz, el mundo está extrañamente lleno de "asesinos del espíritu". El quinto mandamiento prohíbe "mortificar" a las personas, es decir, invita a ser cautos en las críticas, a no causar heridas gratuitas, a evitar las indiscreciones, a contener las rabias... y las personas rabiosas. En la familia, significa también valorar a los demás, atenderlos, prestarles atención, escucharlos. Muchas veces, la mujer

o los hijos se sienten como los muebles viejos de la casa, ignorados y por tanto, sin valor. No hay que limitarse a cumplir con lo formal; hay que estar, acompañar, estimular, levantar, animar, protegerse siempre recíprocamente.

EL SEXTO MANDAMIENTO.

El sexto mandamiento, "no comer actos impuros", se ha convertido inmerecidamente en el más famoso y citado de todos los mandamientos. Sin embargo, es una sencilla invitación a respetar el misterio y la belleza de la sexualidad, que es la "base" humana y espiritual de la familia. Especialmente hoy, los más jóvenes tienen necesidad de comprender el verdadero sentido y la preciosidad de la sexualidad de sus padres, y los padres tienen el difícil y apasionante deber de dosificar bien expresividad y pudor, de manifestar adecuadamente su intimidad, sus afectos y sus palabras y de culti-



var con equilibrio las manifestaciones de su atracción recíproca.. Aunque sea arduo, hay que ayudar a los hijos a comprender que la infidelidad sexual no es "algo natural". El medio más eficaz para enfrentar las tentaciones y poder superarlas es vivir intensamente el amor familiar.

EL SEPTIMO MANDAMIENTO.

El séptimo mandamiento, "no robar", pide reconocer la realidad humana de las otras personas y los derechos derivados del hecho de ser nuestros semejantes. Lo primero que no hay que robar es la dignidad del otro. Respetar a alguien significa tratarlo siempre con sinceridad y honestidad. Y evitar, por tanto, la tendencia a "usufructuar" o "explotar" al prójimo. La prohibición de robar enseña que todas nuestras relaciones implican dar y recibir. Si tenemos algo, debemos dar a cambio otro tanto; de lo contrario, estamos robando. Si amamos la vida, tenemos que estar abiertos a recibir y a entregar amor: saludar a las personas con una sonrisa, aunque no nos sean conocidas. No se puede robar la alegría a las personas, ni su buen nombre, ni su tiempo. Por eso, hay que respetar las

cosas de todos, enseñar a los niños el valor de la ayuda familiar y del servicio y a intercambiar afectos, a no aprovechar jamás de la buena fe o de la ingenuidad de los otros.

EL OCTAVO MANDAMIENTO.

El mandamiento de "no pronunciar falsos testimonios ni mentir" invita a las personas a conquistar la confianza de los otros con coherencia y sinceridad. Pone en guardia, también, contra la tentación de dañar la reputación de otros o la propia. Dios dice que no basta con ser excelentes personas: es necesario mostrarse como tales. Invita a trabajar sobre el propio carácter y hacer que esté de acuerdo con la propia reputación. Siendo confiables y leales con los otros, se protegerá el buen nombre y se dará pruebas de coherencia y credibilidad. Es importante que las familias mantengan siempre las promesas, no exageren sobre sí mismas, sean honestas en la expresión de sus propias emociones, demuestren que tienen valores morales o espirituales y nunca pidan a los demás que renuncien a los suyos. Las semillas del amor no tienen espacio para germinar en un terreno donde la confianza no existe. Y ésta es una generación sin confianza,

donde viven extraños, desconfiados y "cerrados" en su privacidad.

EL NOVENO Y EL DECIMO MANDAMIENTOS.

El noveno y el décimo mandamientos prohíben codiciar los bienes ajenos. Son la antítesis de la cultura actual que invita continuamente a tener y poseer, especialmente a través de los mensajes publicitarios.

Los mandamientos no son una colección de proclamas legales. Tienen un significado universal y eterno: quieren indarnos el camino de la sabiduría y de la sensatez. "¿Quién es el hombre rico?" -se pre-

gunta un famoso precepto rabínico- El que posee mucho dinero", se contesta. Pero, en realidad, la respuesta verdadera debería ser: "El que se contenta con lo que tiene". El que desea mucho más de lo que posee es, en realidad, un pobre. Nada le alcanza jamás, se preocupa por buscar y tener siempre más y mejor. No encuentra satisfacción interior, y sin satisfacción interior, no puede vivir con alegría. Los últimos dos mandamientos son como la avidez y la competitividad. El ansioso cree que el mundo es una torta pequeña, y que todo lo que los otros tienen, lo priva a él de su porción y de sus derechos. Ve la vida como una competencia donde lo más importante es acumular, acumular, acumular.

Quien cree en Dios estará satisfecho de saber que todo lo que tiene es un don y una bendición de El, hará todos los esfuerzos para que ese don crezca y se desarrolle y no estará escudriñando continuamente el enrejado del vecino para ver lo que no tiene o lo que se está perdiendo. Creer en Dios es imaginarse a uno mismo como una vela. Una vela puede encender otras mil sin que su luz pierda intensidad. Estamos hechos para hacer felices a los demás y no para alejar de ellos su felicidad.